

Escribir

¿Para qué? ¿Para Quién?

POR LORENZO MEYER

TRES días de vacaciones a la orilla del mar —un descanso— me permitieron reflexionar, casi filosofar. Por tanto, decidí dar respuesta hoy a un comentario que hace meses me hizo un amigo. Esta persona escribe en las páginas editoriales de dos periódicos fronterizos y, según sus cálculos —basados en la circulación total y en el porcentaje de lectores que se interesan por las columnas de opinión—, es probable que sólo unas treinta personas con "responsabilidad administrativa" lean lo que él dice y ninguna —y esto es lo que realmente le duele— le ha hecho nunca caso. Todo esto le ha llevado a concluir que escribir para un periódico es una pérdida de tiempo.

★

YO, en cambio, no estoy dolido y no dejo de escribir ni cuando salgo de vacaciones (y esto pese a las puyas que, por tal motivo, me lanza mi esposa). Esta diferencia de actitud no se debe a que yo considere que a mí sí me leen los funcionarios y políticos o, lo que sería aún más improbable, que me hagan caso. No, la diferencia se debe a que yo parto de otra perspectiva al escribir. Para empezar, y salvo contadas excepciones, me importa un pepino —por decirlo de manera elegante— si lo que escribo lo leen o no políticos o funcionarios públicos.

Hace tiempo alguien que se encontraba hasta arriba de la pirámide del poder respondió así a un comentario que le hice en torno a la necesidad de la crítica académica: "Ustedes tendrán plena libertad y podrán decir lo que quieran. Por otra parte, nosotros

—los políticos en el poder— mantendremos la libertad de hacerles o no hacerles caso". Por lo que a mí respecta, esta especie de pacto se ha cumplido casi al pie de la letra, pues de no ser por ataques muy ocasionales de alguna pluma gubernamental, mi libertad para escribir ha sido absoluta, como absoluta también ha sido la ignorancia en que se tienen

argumentos como los míos en las altas esferas del poder.

Por mucho tiempo los académicos que escribían (¿o escriben?) en un periódico, lo hacían (¿o hacen?) teniendo en mente sólo a un puñado de lectores, pues generalmente sólo les interesa que los lea el presidente —cosa muy difícil— o alguien muy cercano a él, como por ejemplo un secretario de Estado o un gobernador o el presidente del PRI. Y, con notables excepciones, lo que buscaban (¿o buscan?) al escribir era (¿o es?) algo como esto: una asesoría, una embajada, una senaduría, algún puesto importante en la burocracia federal o estatal o, cuando menos, la amistad o benevolencia del poderoso.

★

LO anterior es, generalmente, una ilusión. Quizá los más afortunados han logrado la embajada, pero su impacto en la conducta del "gran lector" es nulo o casi nulo. En general, los poderosos en sistemas como el nuestro tienen egos enormes y creen saberlo todo, o casi todo, y estar siempre en lo cierto. Cuando el escritor los alaba consideran que el elogio es enteramente justificado; cuando los critica, consideran que el crítico habla por puro resentimiento o por encargo de otro, y que no vale la pena tomarlo en cuenta.

EN vista de lo anterior, considero que lo mejor es escribir para los lectores ordinarios, esos que tienen poco o ningún poder, que sistemáticamente se sienten meros objetos de la política y que últimamente están hartos de esta humillación. Escribir desde este punto de vista es contribuir a crear una cultura cívica que algún día —quizá en la siguiente generación— fuerce al poder a ser responsable y convertirse en servidor de la sociedad y no al revés. Yo no sé cuántos de quienes compran este diario lean mis artículos, pero no hay duda que recibo un gran estímulo cada vez que un colega, un estudiante, una dama que se dedica a cuidar su hogar, un dentista o un vendedor de seguros, me dice que ha leído alguno de mis artículos y que ha visto reflejo-

das en el mismo alguna de sus preocupaciones.

Desde el principio escribi teniendo sólo a este público en mente, tardé en obtener su atención y respuesta, pero cuando éstas llegaron me di por bien servido. Creo, pues, que el deber del académico es escribir desde una perspectiva crítica y escribir para la sociedad que le permite ser lo que es. El objetivo general debe ser contribuir a crear una conciencia política que permita superar el autoritarismo que vivimos.

En realidad, mi única frustración como columnista es no poder llegar al

mexicano promedio: al empleado y al obrero, al campesino y al sin trabajo; es decir a todos los que a duras penas sobreviven en esta crisis. Desgraciadamente, ellos no leen periódicos —al menos no este periódico—, y yo no sé su lenguaje ni puedo pretender saber cuáles son sus preocupaciones, aunque las imagino.

En fin, a diferencia de mi amigo, creo que hay muchas razones para seguir escribiendo, y así se lo manifesté. No importa que los poderosos no nos lean, pues no es para ellos para quienes se debe escribir, sino para sus víctimas que, en grados diferentes, somos casi todos.